

## Mientras oía que gritaban mi nombre

En cuanto decidí unirme al resto de la gente comprendí lo amplia que era la casa de Carlos, y el talento que parecía tener yo para perderme. ¿Dónde diablos estaba la sala...? Caminé un poco más por ese pasillo sin ninguna convicción, y me encontré cara a cara con un niño de unos doce años, que me estudió con curiosidad.

- Hola – saludé por reflejo.

- Hola – me contestó—. Soy Sorrento, el hijo de Carlos.

¿Sorrento...? Pensé en las hijas mujeres con esos nombres tan bonitos, Florencia y Verona, pero... ¿*Sorrento*...? Pobre chaval... ¿Con qué harían rimar su nombre los salvajes que seguramente lo rodeaban en clase? *Lento, esperpento, mugriento, con el culo al viento*... Y decidí que eso no era un nombre: era una invitación al acoso escolar.

Él me clavó una mirada penetrante y cuestionó:

- ¿Le gusta rimar a usted?

Avergonzado, no supe qué contestarle. ¿Es que este crío me podía leer la mente?

- Y sí, qué le vamos a hacer –continuó él–, a papá le fascinan las ciudades de Italia. Especialmente las del norte... Al parasol de casa le dice Cortina D'Ampezzo, y a la zona del patio, el Veneto.

Yo puse cara de no entender y el niño agregó: - Porque allí está la piscina... *Venezia*.

Comencé a reír, algo aliviado de que se lo tomara con humor, y él continuó:

- *Sorrento* no está tan mal... Peor hubiera sido Bérghamo... O Pinerolo...

Yo solté la carcajada y entonces sucedió: mi corazón de sexagenario se rebeló contra las convulsiones de mi propia risa, y me sentí tambalear. El niño no sólo no entró en pánico sino que salió a la carrera, y regresó en segundos con

pastillas sublinguales. Me alcanzó el blíster de un manotazo que me lastimó el dorso de la mano, pero en instantes tenía una píldora bajo la lengua, y sentía con alivio que mi pulso se normalizaba.

- Disculpe el raspón... - me dijo afligido, mirando la pequeña herida sangrante.

- Pero hombre, qué importa... Tal vez hasta me has salvado la vida... ¿Cómo has sabido qué pastillas traerme?

Él me clavó la mirada. Luego sonrió de manera algo enigmática, y murmuró:

- Porque son las que riman.

No entendí eso, y él tampoco parecía proclive a explicar, de modo que sonreí, le agradecí, y al cabo retomé mi camino. Encontré por fin la condenada sala sólo porque las voces de las mujeres me guiaron, y casi de inmediato se materializó también Carlos. Advirtió que mi mano sangraba un poco, y me preguntó qué había sucedido.

- Conocí a tu hijo, a Sorrento –le respondí–. Me raspó la mano pero me salvó la vida.

Él me contempló por un instante, y se veía confundido.

- Yo no tengo hijos varones.

Sonreí creyendo que bromeaba, pero su rostro reflejaba extrañeza, no humor.

- Pero entonces... ¿quién me trajo las pastillas?

Por alguna razón mi vista bajó al dorso de mi mano, y la pequeña herida comenzó a desaparecer ante mis ojos. Al cabo sólo quedó piel sana, y Carlos se veía tan pasmado como yo. Atiné a pensar en la pastilla, alarmado, y exploré mi boca hasta convencerme que bajo mi lengua no había nada. Mis piernas se sintieron de plomo.

Dilaté los ojos del pánico, y mientras el pecho me empezaba a doler y todo se iba tiñendo de negro, mientras oía que gritaban mi nombre y mi corazón dejaba de latir, me sorprendió que mi cerebro dedicara sus últimos instantes de

conciencia en aceptar que *la pastilla sublingual*  
rimaba con *te vas a morir igual*.



*Sedna*